

Plaza de Ezcurdi en Durango (Vizcaya)

Fernando Olabarria y
J. Daniel Fullaondo
Arquitectos

Proyecto: 1968

Obra: 1970

Colaboradores:
J. Astigarraga
F. Ruiz Longoria
Salvador Moreno

En esta pequeña y problemática obra, la remodelación de una plaza, entorno ciudadano y de convivencia para una de las villas más importantes de Vizcaya, Durango, hemos intentado actuar reconsiderando ampliamente los habituales horizontes de objetivos con que, generalmente, son acometidos este tipo de planteamientos.

Unas pocas observaciones historiográficas. El repertorio existente más al uso suele registrar «ad nauseam» diversas incidencias tipológicas, frecuentemente y alternativamente presentadas, dosificadas y entremezcladas en este tipo de programas «jardín romántico», «plaza de armas», la tradicional «plaza del mercado», la arbórea «inglesa», el «jardín barroco francés»... incluso ocasionales alusiones más o menos certeras, generalmente menos, a los expedientes del «paisajismo japonés». Vamos a referirnos ahora a las soluciones adoptadas en nuestro más inmediato pasado. El choque frontal entre el movimiento romántico internacional (del que, en el fondo, el neoclasicismo no es sino una de las múltiples manifestaciones) y el fenómeno emergente de la Revolución Industrial dio origen en el País Vasco a un amplio y destacado repertorio de estas organizaciones espaciales, generalmente centradas a un escueto y neoclásico esquema porticado. Así surgirá, de 1781 a 1794, la Plaza Nueva de Vitoria, de Olaguibel. Por estas mismas fechas se planteará en Bilbao un proyecto, no realizado, del arquitecto Francisco Alejo de Miranda, dentro de lo que suele denominarse Ensanche de Loredo, que unos treinta años después, en 1829, daría origen a la Plaza Nueva de Bilbao, de Silvestre Pérez, finalizada en 1849 por Antonio Goicoechea. El 17 comenzará Ugartemendia las obras de la Plaza Nueva de San Sebastián, de acuerdo con el segundo plan de reconstrucción de la villa del mismo Ugartemendia y el citado Alejo Miranda. El 64, Escoriaza construirá, en la misma localidad, la Plaza de Guipúzcoa...

Posteriormente, la agonía de la conciencia neoclásica, señala, en cierta forma, la decadencia de estos expedientes porticados, en aras de dos manifestaciones diversas.

a) Por un lado, las organizaciones neo-barrocas, herederas de la mentalidad del segundo Imperio, más referenciales de un sentido circulatorio y perspectivo, los grandes ejes más o menos hausmannianos, las plazas estrelladas... v. g.: la magnífica Plaza Elíptica del proyecto de Ensanche de Bilbao de 1873.

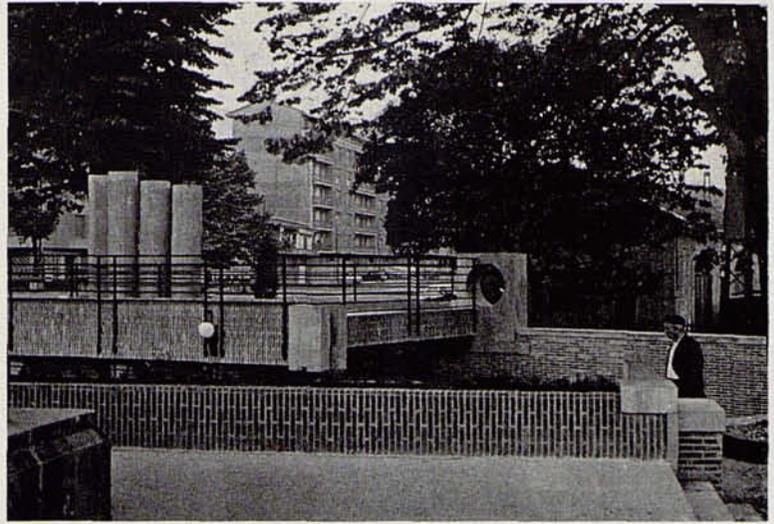
b) El jardín naturalista, como el Alberdi Eder en San Sebastián, aprobado en proyecto en 1879, el de Casilde Iturriza, en el Ensanche de Bilbao, o la organización posterior en la misma ciudad, de los jardines de Albia.

Algunas estructuras medievales, más tradicionales, como la hermosísima Plaza Vieja de Bilbao, todavía mantendrán su vigencia durante algún tiempo, especialmente al calor de su caracterización comercial. Ya había desaparecido su antiguo sentido de escenario de públicas asambleas, corridas de toros o corral de comedias, pero de alguna manera el carácter de centro cívico se perpetuaba a través de las tejavanas de los tenderetes, primero, o del viejo mercado de hierro, después, una de las finalidades más características del pasado medieval en este tiempo de organizaciones. Esta magnífica estructuración de la narrativa urbanística medieval, concebida como un curvilíneo e irregular trapecio desde San Antón hasta el portillo de la calle Barrencalle Barrena, fue definitivamente arruinada con la instalación del nuevo mercado de la Ribera al final de la década de los veinte.

En nuestro planteamiento para la plaza de Ezcurdi de Durango hemos intentado trascender de alguna forma la afónica degeneración actual de estos espacios, casi siempre planteados a través de melancólicas e inertes ambientaciones.

Nuestros objetivos a la hora de la concepción eran lo suficientemente ricos en posibilidades para dificultar una descripción razonada. Vamos, de cualquier forma, a intentarlo apresuradamente.

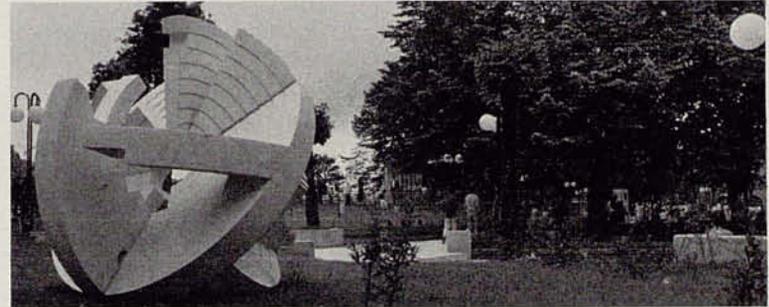
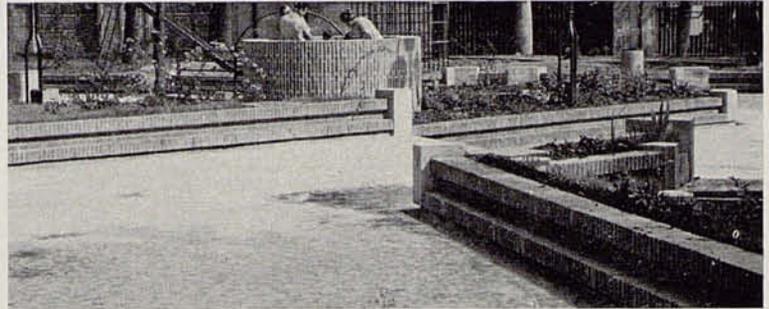
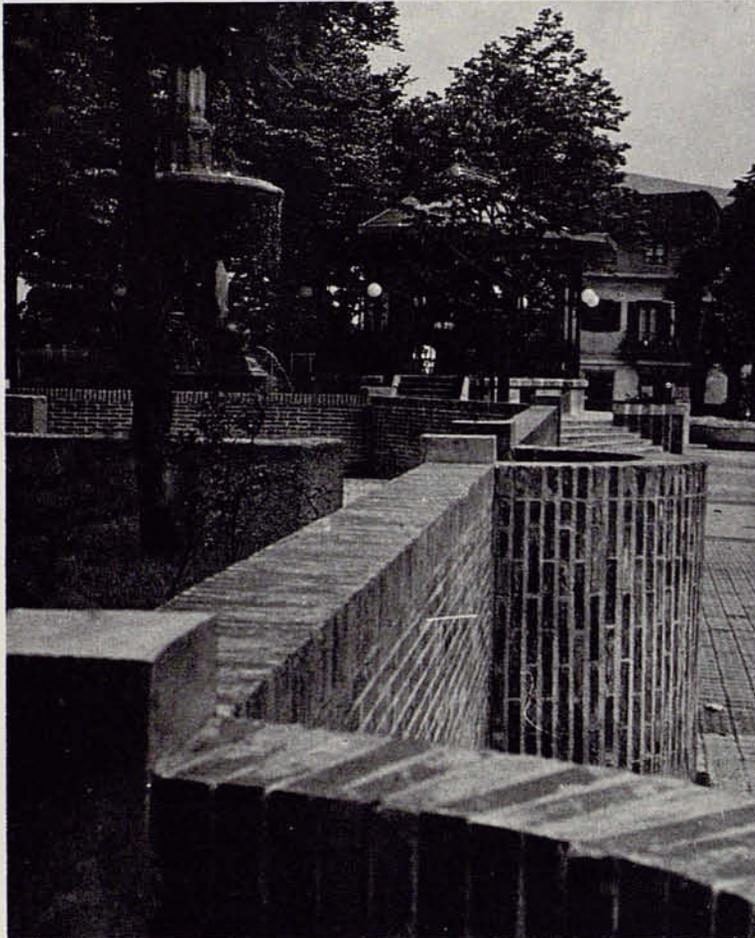
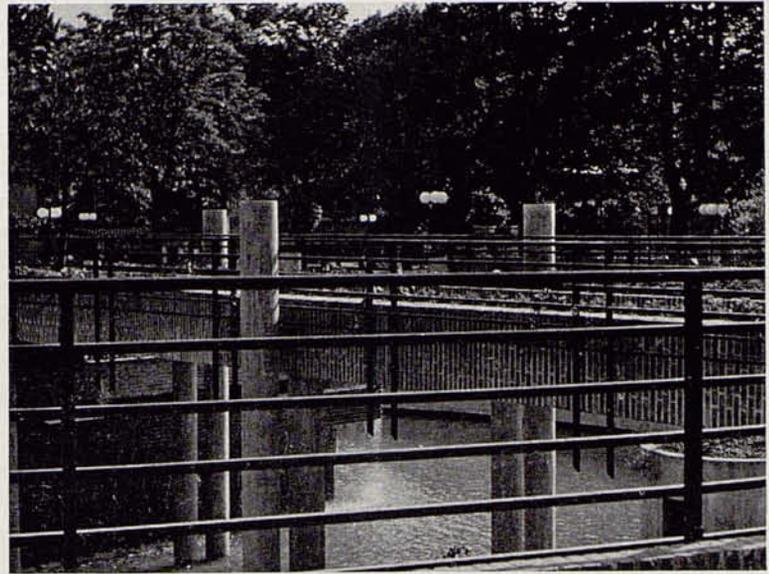
A nivel ambiental, el establecimiento de una organización, quizás más próxima al concepto de parque que al de la tradicional plaza popular. De alguna manera, el concepto habitual manifiesta con demasiada insistencia su encadenamiento al pasado a través de la inconsciente rememoración neoclásica de las plazas porticadas en el gran plano horizontal unitario como superficie de suelo, en la acusada valoración de las simetrías, las ordenaciones rectilíneas (senderos, árboles, plazoletas, parterres, distribuidos como soldados en la plaza de armas) y la valoración perspectiva. El eco de la plaza de mercado también plantea de alguna forma su incom-



patibilidad con una visión más naturalista y, lógicamente, dentro de un sentir topográfico más intrincado. Nosotros hemos optado por una solución especialmente diversa. Abandono del plano horizontal unitario en aras de una concepción en variedad de niveles, discurso laberíntico de las superficies a través de la intersección de tres familias en el tratamiento de los diafragmas horizontales, constantemente entrelazadas, senderos, césped, y pequeñas corrientes de agua en torno al gran estanque central, sensiblemente hundido en relación con el nivel medio. Junto a ello todo el aspecto, epidérmico culturalmente, desde luego, pero, de hecho, eficaz a la hora de la utilización ciudadana, de la pequeña tipología animal, cisnes, patos, peces, pavos reales... Un pequeño parque, en definitiva, en donde de alguna manera y a través de un concepto geométrico que, renunciando al superficial pintoresquismo de los ondulantes senderos al uso, pueda compatibilizar el rigor en el diseño planimétrico con el discurso laberíntico y fluvial del entrelazamiento de los expedientes de superficie, dando como resultado una suerte de artificial cristalización del factor sorpresa, el factor sorpresa tan connatural a tantos recorridos por la naturaleza de los que el parque es siempre una suerte de nostálgico eco ciudadano. Este diminuto parque-plaza de Durango intentaría establecer con una entidad de plena vigencia naturalista, por ejemplo, un bosque cruzado por un río, una relación similar a la que podría plantearse entre un elemento cristalizado y una roca, un cristal urbanístico que, de una forma más o menos simbólica, puede presentar elementos referenciales, la vegetación, los árboles, la luz, la piedra, la vida animal, el discurso del agua, los recorridos, las alternativas, las diferencias de nivel, de aquellas entidades de la naturaleza que, arquitectónicamente, pretende recrear, evocándolas.

A un nivel de tensión urbana, la resolución de una serie de funciones del pulso más desenvuelto de la vida de la ciudad, el baile, el descanso, el paseo, la música, los juegos infantiles, el pequeño anfiteatro (previsto para la segunda fase) para manifestaciones culturales, deportivas, folklóricas... ¿Nivel cultural? Si se puede hablar de centro en una organización espacial, que deliberadamente huye de estos encadenamientos compositivos, y abrazando el gran estanque circunda de monumento a Fray Juan de Zumárraga, fundador de la Universidad de Méjico, un recinto en forma de corona semicircular, en donde queda sugerida la instalación de manifestaciones de nuestra cultura, pintura, arquitectura, escultura, etc., y a lo largo y a lo ancho de la plaza, el dato escultórico, simbólico, referencial, desde la alusión a la Edad del Hierro vasca, en la réplica del célebre ídolo de Mikoldi, pasando por la simbología del juego de la pelota, o al anagrama forestal, la pedagogía espacial de Angel Ferrant en sus magníficos juegos infantiles, hasta la obra extraordinaria de Eduardo Chillida, en la que habrá de ser su primera realización monumental en la Península.

Podríamos seguir hablando durante mucho tiempo de este planteamiento, pero vamos a terminar rápidamente. En definitiva, a través de todo este proceso no hemos sino intentado reinstalar esta temática, dentro de sus auténticas posibilidades de funcionalismo espiritual, plantearla como uno



de los núcleos fundamentales de convivencia ciudadana, intentar rescatar las fuentes de una vitalidad popular, que anteriormente hemos someramente descrito en el caso de la Plaza Vieja de Bilbao, entendida como mercado, teatro, lugar de reunión, zona de concentración cívica..., exponer algunas bases para el estímulo de nuestra conciencia cultural, y facilitar, en definitiva, una posibilidad de resolución de la ecuación entre arquitectura y comunidad.

Muy recientemente, Zevi registraba la incidencia de la polémica tesis de Nathan Silver, materializando las esperanzas de los próximos años en torno a «una arquitectura sin edificios». La explicación: «... una arquitectura sin arquitectos es imposible desde el momento que la intención del uso es el todo, pero una arquitectura sin edificios es extraordinariamente posible, ya que las situaciones de uso existen independientemente de éstos... En arquitectura, el agente formal, en rigor, puede ser la gente...; la auténtica grandeza radica en una intencionalidad que encarne libertades inéditas y más intensos sistemas de vida. Lo que cuenta es la gente, no las cosas... El arquitecto, para esta gente, para este pueblo, proyecta caminos, parques, puentes, zonas recreativas, senderos de montaña... diseña modelos de conducta que no implican, necesariamente, la realización de edificios...»

He aquí un intento de materialización espacial de los objetivos a nivel ciudadano, objetivos quizás demasiado alejados para desgracia de los arquitectos y de la «gente» de la habitual y burócrata óptica administrativa (de quien, en último término, tiene el control de la gestión arquitectónica ante este tipo de empresas, convirtiendo, en la inmensa mayoría de los casos, al arquitecto, a sus planteamientos y al entorno ciudadano, en un inerte y desmoralizado «a priori», expediente de ventanilla). Asombrosamente, preciso es señalarlo, por lo raro, y por lo ejemplar, esta difícil ecuación, entre los niveles arquitectónicos, administrativos y ciudadanos, tantas veces condenada de antemano a la irresolución, ha discurrido aquí por la senda contraria, la senda del estímulo, la potenciación y la arriesgada confianza en la también siempre arriesgada empresa de la transcripción espacial «en términos de intenciones, comportamientos y acciones humanas».

F.O./J.D.F.